



¡Madrina, quítese de ahí qué estoy a la espera de Nuestra Señora!;

blaban o estaban distraídas, en seguida recomendaba a la Directora:

- Madrina, no deje que estas personas estén delante del Santísimo Sacramento como no deben estar. En la iglesia debemos estar sosegados y no hablar...
- Mira, Jacinta, hay personas que no atienden nuestras recomendaciones ni quieren saber de nada...
- ¡Paciencia! Madrina avise siempre que Nuestra Señora queda contenta...

Alma de apóstol, comenzó a dar buenos consejos a las compañeras. A una de ellas oyó la Directora recomendar: No debes mentir, ni faltar a la verdad... No debes ser perezosa... Debes ser muy obediente y soportar todo por amor de Nuestro Señor, si quieres ir al Cielo.

Nuestra Señora debió haberla visitado algunas veces en este Orfanato. Eso se desprende de la recomendación que hizo un día a la Directora:

- ¡Madrina, quítese de ahí que estoy a la espera de Nuestra Señora!

Eso se desprende, principalmente, de todo lo que le iba manifestando y que ella anotaba con cuidado:

“Los pecados que llevan más almas para el Infierno son los pecados de la carne.

Han de venir unas modas que han de ofender a Nuestro Señor. Las personas que sirven a Dios no deben andar con la moda. La Iglesia no tiene modas. Nuestro Señor es siempre el mismo.

Las guerras no son sino castigos por los pecados del mundo. Nuestra Señora ya no puede sostener el

brazo de su amado hijo sobre el mundo. ¡Pobrecita Nuestra Señora! ¡Ay, yo tengo tanta pena de Ella! ¡Madrina mía, pida mucho por los pecadores! ¡Pida mucho por los sacerdotes! Los sacerdotes sólo deberían ocuparse de las cosas de la Iglesia. La desobediencia de los sacerdotes y de los religiosos a sus superiores y al Santo Padre ofende mucho a Nuestro Señor.

¡Madrina mía, pida mucho por los gobiernos! Ay de los que persiguen la religión de Nuestro Señor”.

Aunque consolada por la presencia de Jesús debajo del mismo techo, por la amistad de la Madre Godinho y de las niñas huérfanas, Jacinta pensaba en la gran amiga Lucía que había quedado en Fátima. Un día pidió que le escribiesen, en su nombre, una carta. En ella contaba que Nuestra Señora le había revelado el día en que moriría y le recomendaba que fuese siempre muy piadosa y buena.

Entre tanto, surgió una vacante en el Hospital de Doña Estefanía y Jacinta entró allí, acompañada de la Madre Godinho, el día 2 de febrero. Ocupó la cama número 38 de la enfermería de los niños y comenzó el tratamiento bajo la orientación del Doctor Castro Freire.

La Madre Godinho fue duramente reprendida por los médicos y por las enfermeras por haber recogido en una casa de niños aquella enferma cuyo diagnóstico era el siguiente: “pleuresía purulenta en la gran cavidad izquierda fistulizada; entre la 7ª y 8ª costillas del mismo lado.” Jacinta, no obstante, vino enseguida en defensa de su bienhechora:

— ¡Mi Madrina no tiene culpa ninguna! Nadie me quería recibir. Ella me recibió por caridad.

Cuando la Madre Godinho la dejó, Jacinta se sintió muy sola en el hospital. El ambiente era inmensamente diferente del de la *Casa de Nuestra Señora de Fátima*. Le consolaba la visita diaria de la Madre Godinho con quien desahogaba la impresión que le causaba ver los trajes inmodestos de algunas visitas y la necia jactancia de ciertos médicos que decían que no creían en Dios: ¡Pobres! ¡Mal saben lo que les espera!

En el día 10 de febrero fue operada. Los médicos se consideraban satisfechos con el resultado de la operación. Ella, no obstante, continuaba pensando en la muerte próxima.

Los últimos días fueron un auténtico martirio que tenía su punto álgido cuando le hacían la cura de la herida. Un gemido traducía al mismo tiempo el dolor, la paciencia y el ofrecimiento del sacrificio:

— ¡Ay Nuestra Señora!... ¡Ay Nuestra Señora!... ¡Ay Nuestra Señora!...

Y Nuestra Señora habrá venido a consolarla ciertamente varias veces a ese Calvario de sufrimiento como ella reveló a la Madrina:

— ¡Ahora ya no me quejo! Nuestra Señora se me volvió aparecer y me dijo que, en breve, me vendría a buscar y que me quitaba los dolores.

Y otra vez:

— ¡Madrina, quítese de ahí porque ahí estuvo Nuestra Señora!

Además de la visita de la Madrina y de algunas señoras amigas, otra le trajo un consuelo inefable: el del padre. En efecto, el bueno del señor Marto, dejando a los otros hijos de cama, se llegó a Lisboa a ver a su querida Jacinta.

Fue el último encuentro del padre con la hija todavía viva.

De hecho, en la tarde del 20 de febrero, sintiéndose mal, pidió los sacramentos. Vino a confesarla el Prior de la Iglesia de los Ángeles que, no pareciéndole caso grave, prometió traerle la Sagrada Comunión al día siguiente.

— Pero, señor Prior, tráigame hoy a Jesús porque voy a morir enseguida.

— Está tranquila, hijita. Vendré mañana...

Cerca de dos horas y media después de este diálogo, hacia las diez y media de la noche, Jacinta, sólo acompañada por una enfermera se dormía tranquilamente en el Señor.

Su cuerpecito martirizado fue amortajado con un vestido blanco de primera comunión, con una cinta azul a la cintura, y depositado en la Iglesia de los Ángeles donde acudió inmensa multitud de fieles que lo tocaban con objetos religiosos y lo besaban. El día 24 de febrero fue colocado en ataúd de plomo y transportado a Vila Nova de Ourém para el panteón del Señor Barón de Alvaíázere. Aquí le aguardaba una gran multitud de curiosos, amigos y familiares. Entre todos, llamaba enseguida la atención el bueno del señor Marto que lloraba inconsolable como un niño.

Por decisión del señor Obispo de Leiria, el cuerpo de Jacinta fue trasladado para el cementerio de Fátima, a un panteón hecho expresamente para ella y su hermano Francisco, en el día 12 de septiembre de 1935. Antes fue abierto el ataúd de plomo y se verificó que su rostro estaba incorrupto. Se sacaron fotografías y enviaron algunas a la Hermana Lucia que, en respuesta, decía así al señor Obispo de Leiria:

“Agradezco reconocidísima las fotografías. No pue-



Sobre las diez y media de la noche, sólo acompañada por una enfermera, Jacinta se dormía tranquilamente en el Señor.

do decir cuanto las estimo. En especial a la de Jacinta, yo quisiera, en la fotografía, quitar aquellos paños que la cubren para verla toda. Estaba impaciente por descubrir el resto del cadáver sin darme cuenta de que era un retrato; estaba medio abstraída, tal era mi alegría de volver a ver la más íntima amiga de niña.”

Finalmente, en el día 1 de marzo de 1951, el cuerpo de Jacinta fue trasladado a la Basílica de Nuestra Señora de Fátima, donde se encuentra, a ras de suelo, en el extremo izquierdo del transepto.

El de Francisco fue trasladado al extremo derecho, un año después, el día 13 de marzo de 1952, después de haber sido conducido procesionalmente, como el de la hermana, hasta la Cova de Iria.

TÚ QUEDAS AQUÍ

Lucia, la mayor de los tres videntes con quien Nuestra Señora hablaba, tenía una misión especial que cumplir en el mundo. Le había sido confiada por la propia Santísima Virgen, en la segunda aparición, en respuesta a esta petición:

- Quería pedirle que nos llevara al Cielo.
- Sí; a Jacinta y a Francisco los llevo en breve. Pero tú quedas aquí algún tiempo más. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Él quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón.

Después de la muerte del padre y de los primos, Lucia, sumergida en profunda tristeza, esperaba que la Buena Madre del Cielo le indicase el camino que debía seguir. Esto mismo debía haber pedido a Jacinta, cuando, una vez, la tía la llevo junto a sus restos mortales en Vila Nova de Ourém, o a Francisco en las largas horas que pasaba sentada junto a su sepulcro o en las oraciones que hacía al volver del Cabezo o de los Valiños, a donde le gustaba ir, y en donde todo le hablaba de los compañeros y de los días inolvidables que con ellos había vivido.

Se abrió, entre tanto, la primera pista. Una piadosa

señora de Lisboa, gracias a las diligencias del Doctor Formigão, se ofreció para hospedarla en su casa y pagarle la educación en un colegio. A la señora María Rosa, que había ido a Lisboa a consultar a los médicos, y a la propia Lucia esta idea les agradó. Aceptaron reconocidas. Lucia quedaría. Pero, cuando ya estaba todo preparado, se corrió la voz de que el gobierno sabía de su estancia en la capital y la buscaba. La llevaron para Santarém, a la casa de Doctor Formigão, donde estuvo algunos días aislada sin siquiera serle permitido ir a misa. Por fin, una hermana del Doctor Formigão la llevó a casa de la madre, a Fátima, prometiendo tratar de su entrada en un colegio de las hermanas doroteas en España.

El Obispo de Leiria, Don José Alves Correia, que había tomado posesión de la Diócesis el 5 de agosto de 1920, halló prudente, para comprobar mejor la veracidad del caso de la Cova de Iria, que la única vidente todavía viva fuese apartada del lugar de las apariciones. Para eso llamó a la señora María Rosa y a Lucia a quien recomendó, insistentemente, que en el colegio a donde sería enviada nunca dijese quien era, ni hablase de las apariciones. Lucia prometió obedecer. Y, allí mismo, quedó fijado el día de la partida.

En la víspera Lucia fue a despedirse de todos los lugares a los que estaba ligada su vida: Cabezo, Valiños, iglesia parroquial, cementerio, pozo, Era Vieja...

Al día siguiente, a las dos de la madrugada, acompañada por la madre y por el señor Manuel Correia, se puso camino de Leiria, rumbo a un mundo desconocido. Al pasar por la Cova de Iria, pidió a la madre rezar el último rosario en aquel lugar bendito. Después, con lágrimas en los ojos se volvía de vez en cuando hacia atrás como manifestando la difi-

cultad que sentía en desprenderse de ese lugar bendecido.

A las nueve estaban en Leiria donde, por orden del Señor Obispo la esperaba Doña Filomena Miranda que la acompañaría al Colegio de las Doroteas de Vilar (Oporto). Tuvieron que esperar por el tren de las dos de la tarde. Esa espera aumentó el dolor de la separación, que se manifestó largamente, como dice la propia Hermana Lucia: “El tren partía a las dos de la tarde, y allí estaba yo, en la estación, a dar a mi pobre madre mi abrazo de despedida, dejándola sumergida en abundantes lágrimas de añoranza. El tren partió, y, con él, mi pobre corazón sumergido en un mar de añoranza y recuerdo que me era imposible olvidar”.

Sintiéndose llamada a la vida religiosa, al terminar los estudios, Lucia entró, en octubre de 1925, como postulante dorotea en la Casa de Pontevedra (España).

Ahí, en el día 10 de diciembre de ese mismo año, tuvo la manifestación del Inmaculado Corazón de María. “Se le apareció la Santísima Virgen y, al lado, suspenso en una nube luminosa, un Niño. La Santísima Virgen le puso en el hombro la mano y mostró, al mismo tiempo, un corazón que tenía en la otra mano cercado de espinas. Al mismo tiempo, dijo el Niño:

- *“Ten pena del Corazón de tú Santísima Madre que está cubierto de espinas que los hombres ingratos en todos los momentos le clavan sin haber quien haga un acto de reparación para quitarlas”.*

Después Nuestra Señora dijo:

- “Mira, hija mía, mi Corazón cercado de espinas que los hombres ingratos en todos los momentos me clavan con blasfemias e ingratitudes. Tú, al menos, mira de consolarme y di que todos aque-



#.
Se le apareció le Santísima Virgen y, al lado, suspenso en una nube luminosa, un Niño.

llos que durante 5 meses, el primer sábado se confesaren, recibiendo la Sagrada Comuni3n, rezasen un rosario y me hiciesen quince minutos de compa3a, meditando los quince misterios del rosario, a fin de desagraviarme, yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvaci3n de esas almas”.

He aqu3 la maravillosa promesa de Nuestra Se3ora que estaba en cierto modo contenida en las palabras de la aparici3n del 13 de junio de 1917: “Jes3s quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar.  l quiere establecer en el mundo la devoci3n a mi Inmaculado Cora3n”.

En otra ocasi3n, el d3a 15 de febrero de 1926, Lucia tuvo una visi3n del Ni3o Jes3s junto al port3n del jard3n cuando hac3a algunos trabajos dom3sticos.  l le pregunt3 “si ya hab3a divulgado la devoci3n a su Sant3sima Madre”. Lucia le expuso las dificultades que ten3a el confesor y que la Madre Superiora estaba pronta a propagarla pero que el confesor le hab3a dicho que ella sola nada pod3a.

Jes3s respondi3:

“Es verdad que tu Superiora, sola, nada puede; pero con mi gracia, puede todo”

Poco a poco, venciendo numerosas dificultades, la devoci3n al Cora3n Inmaculado de Mar3a se fue divulgando. Lucia, que hizo su profesi3n religiosa en 1928, en las Doroteas, en Tuy (Espa3a), tomando el nombre de Hermana Mar3a de los Dolores, procur3, por todos los medios a su alcance, cumplir el encargo que Nuestra Se3ora le hab3a confiado el 13 de junio de 1917: “Jes3s quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar.  l quiere establecer en el

mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón”.

En cartas que escribió a sacerdotes, obispos y hasta al Santo Padre pidió que se divulgase la devoción y se hiciese la consagración del mundo y de Rusia al Inmaculado Corazón de María.

Simple religiosa, no distinguiéndose en nada exteriormente de las otras, la Hermana María de los Dolores cumplió la recomendación del Obispo de Leiria no revelando a las compañeras, las gracias celestes con que había sido favorecida. Mientras, su temperamento jovial y comunicativo ejercía notable influencia en la comunidad al punto que las superiores le tenían dicho:

- “La Hermana tiene tal influencia sobre las otras Hermanas, que si quisiere, puede hacer mucho bien.

En parte, la Hermana es responsable, delante de Nuestro Señor, del estado de fervor o de negligencia de las Hermanas en la observancia, porque el fervor se aumenta o se enfría en los recreos y las Hermanas hacen los recreos como la Hermana hace. Por tales y tales charlas que la Hermana suscitó en el recreo, tal y tal Hermana obtuvo un conocimiento más claro de la Regla y se resolvió a observarla con más exactitud”.

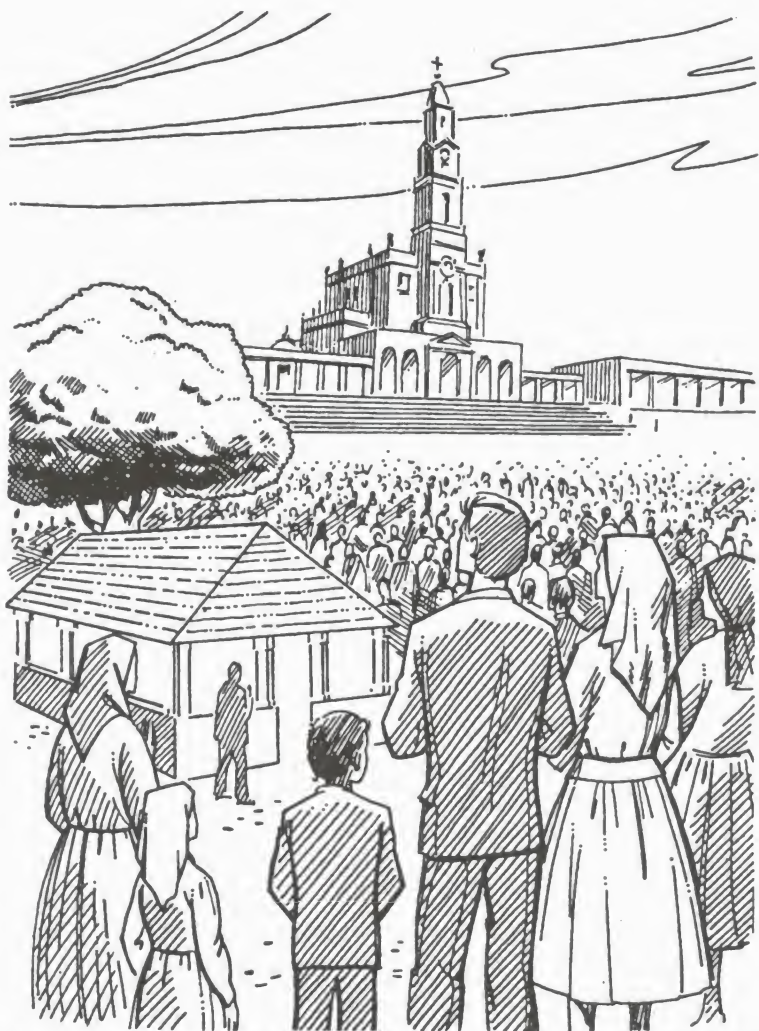
Procurando por encima de todo la voluntad de Dios, Lucia, la Hermana María de los Dolores, sintió que Nuestra Señora la llamaba a una vida consagrada todavía de mayor inmolación. Por eso, para dedicarse más a la oración y a la penitencia, obtuvo licencia para abrazar la vida de clausura.

Dejó las religiosas doroteas y, después de algunos

días de permanencia en Fátima, en mayo de 1946, entró en el Carmelo de Santa Teresa en Coimbra donde tomó el nombre de Hermana María Lucía del Corazón Inmaculado. Ahí permanece actualmente llevando una vida de silencio, de austeridad y de unión con Dios.

Las pocas palabras que de ella nos llegan continúan repercutiendo en el mensaje que Nuestra Señora le confió en 1917, en la Cova Iria: Oración, penitencia, cambio de vida.

Esta es, en resumen, la historia de los tres pastorcitos de Fátima. Una historia hecha de simplicidad y de heroísmo que trae la marca del Cielo. De hecho, el mensaje confiado por Nuestra Señora a los tres inocentes niños lo impuso a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad haciendo de Fátima el altar del mundo. No fueron capaces de sofocarlo las amenazas, la prisión de los videntes, la reserva prudente y hasta una cierta hostilidad de las autoridades eclesiásticas, las bombas colocadas en la capillita y junto a la encina, los rumores de toda especie, los libros más disparatados que se han escrito sobre el asunto... Fátima continúa siendo un fenómeno extraño que todavía hoy, tal como en 1917, incomoda a mucha gente. Allí continúan afluyendo anualmente, centenares y centenares de miles de peregrinos: gente humilde y simple, letrados, gobernantes, obispos, cardenales... Allí vino el propio Papa Pablo VI, el 13 de mayo de 1967, como "peregrino humilde y confiado" a orar por la "Iglesia, una, santa, católica y apostólica" y por "su paz interior". Allí recordó el mismo Papa, como Nuestra Señora en 1917, los caminos de la paz: "Hombres, decimos en este momento singular, procurad ser dignos del don divino de la paz. Hombres, sed hombres. Hom-



Allí continúan afluyendo, anualmente, centenares y centenares de millares de peregrinos.

bres, sed buenos, sed sensatos, abriros a la consideración total del mundo. Hombres, sed magnánimos. Hombres, procurad ver vuestro prestigio y vuestro interés, no como contrarios al prestigio y al interés de los otros, sino como solidarios con ellos. Hombres, no penséis en proyectos de destrucción y de muerte, de revolución y de violencia; pensad en proyectos de consuelo común y de colaboración solidaria. Hombres, pensad en la gravedad y en la grandeza de esta hora, que puede ser decisiva para la historia de la generación presente y futura; y recomenzar a aproximaros los unos a los otros con intenciones de construir un mundo nuevo; sí, un mundo de hombres verdaderos, el cual es imposible de conseguir si no tiene el sol de Dios en su horizonte. Hombres, escuchad a través de nuestra humilde y trémula voz, el eco vigoroso de la palabra de Cristo: "Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra, Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios".

Todos los días, en el lugar donde Nuestra Señora se apareció, se oye con el vigor de estas palabras de Pablo VI o con extrema simplicidad, el eco del llamamiento que la Santísima Virgen dirigió a los tres pastorcitos llamando a los hombres a la oración, a la penitencia, al cambio de vida. Todos los días, en el Cielo de la Cova de Iria, se levanta como arco iris de esperanza, la magnífica promesa de Nuestra Señora el 13 de julio de 1917:

"Si atienden mis peticiones...tendrán paz"

Todos los días parece resonar, en el grandioso recinto del Seminario, la voz bien timbrada del segundo Papa Peregrino de Fátima, Juan Pablo II, que, el día 13 de mayo de 1982, en el Acto de Consagración, dirigido al Corazón

Inmaculado de María este clamor cargado de sufrimiento:

“Del hambre y de la guerra, *¡Libranos!*

De la guerra nuclear, de una autodestrucción incalculable y de toda especie de guerra, *¡Libranos!*

...De los pecados contra el Espíritu Santo, *¡Libranos!, ¡Libranos!*

APÉNDICE

DOS BANDERAS HERMOSAS

Causó inmenso júbilo, no sólo en Portugal sino también, podemos decirlo, en todo el mundo la noticia de la beatificación de los pastorcitos de Fátima, Jacinta y Francisco. Cuando el Papa firmó, el día 28 de junio, el Decreto que oficializa el reconocimiento por parte del Colegio de Cardenales y Obispos de las razones que llevan a la Iglesia Católica a proclamar a los pastorcitos como beatos, no hace más que oficializar el sentir común de la mayoría de los católicos que ya hace mucho, en lo íntimo del corazón, los consideraba santos.

Para mí, el mayor milagro de Fátima es la transformación operada en la vida de los videntes. Niños diligentes en la oración, naturalmente amigos del juego, se vuelven reflexivos, contemplativos, adoradores, dispuestos a todos los sacrificios, incluso a su propia vida, para mantener el mensaje que la Señora les había comunicado.

Jacinta no puede guardar por mucho tiempo la alegría de la aparición: ¡Oh madre, yo hoy vi a Nuestra Señora!. Su espiritualidad, además de la devoción al Inmaculado Corazón de María, deseo de conversión de los pecadores, oración y penitencia tendrá una característica muy perso-



Los dos nuevos Beatos Francisco y Jacinta Marto.

nal el amor al Santo Padre. Le impresionarán vivamente las palabras de Nuestra Señora después de la visión del Infierno: "Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir..." En su ingenuidad infantil, se desahoga: "¡Quién me diera ver al Santo Padre! ¡Viene aquí tanta gente y el Santo Padre nunca viene aquí!"

Sus oraciones y sacrificios llevaban siempre una intención: y también por el Santo Padre.

Es conocida su visión: "Yo vi al Santo Padre en una casa muy grande de rodillas, delante de una mesa, con las manos en la cara, llorando. Fuera de la casa estaba mucha gente y unos le tiraban piedras otros le echaban maldiciones y le decían muchas palabras feas. Pobrecito el Santo Padre, hemos de pedir mucho por él".

Francisco es modelo de intensa oración, alejándose para "rezar muchos rosarios", pasando largas horas en adoración a "Jesús escondido" en la iglesia de Fátima.

La curación de María Emilia Dos Santos, de Leiria, que se encontraba paralítica hacía 22 años, hecho absolutamente inexplicable por la ciencia, fue el milagro que apresuró la beatificación de los pastorcitos.

Esta beatificación es una señal, una bandera para los adolescentes y jóvenes. Como afirmó Don Serafím Ferreira e Silva, Obispo de Leiria-Fátima, en entrevista al "Diario de Noticias" recordando una encuesta hecha a jóvenes entre los 16 y 19 años, "ellos se sienten víctimas de dos *in*: incerteza e inseguridad. Esa gente joven se siente así, un poco vacía y desorientada. O se ahoga en la droga o en el sexo".

Y en aquel su modo de decir tan propio y coloquial,

añadía: “beatificar los dos pastorcitos es como levantar dos banderas hermosas que dicen “¡vamos ya a tener juicio!”

Y como precisamos de estas dos banderas, cuando representantes del pueblo aprueban leyes contra el sentir de la mayoría del pueblo que los eligió, cuando los valores que hicieron grandes los pequeñitos pastores de Fátima son objeto de desprecio y chacota, cuando se quiere establecer como norma de vida el consumismo, el hedonismo y la permisividad, cuando los hombres no desisten de levantar torres de Babel sobre la arena movediza del egoísmo y del capricho...

Los pastorcitos de Fátima dos banderas hermosas hablan de la belleza de las estrellas en un mundo que se va volviendo cada vez más lodazal.

¡Qué muchos miren para ellos!

BEATIFICACIÓN DE LOS PASTORCITOS DE FÁTIMA

Quedará indeleblemente marcado en la historia del Portugal cristiano el día 13 de mayo de 2000.

Cambiando el programa establecido que preveía la beatificación de los pastorcitos en Roma, el día 9 de abril, el Papa con una decisión personal, quiso venir a beatificarlos a Fátima, en la gran peregrinación de aniversario y, al mismo tiempo, agradecer no haber perecido en el atentado del 13 de mayo de 1981.

Juan Pablo II llegó al santuario en la tarde del 12 de mayo. Se dirigió a la capillita de las apariciones donde, delante de la imagen de Nuestra Señora, pasó largos momentos en oración silenciosa que impresionó mucho a la gente. Fue el inicio de la predicación del Papa que continuaría en una oración en honor de la Virgen María intercalada con el cántico "Totus tuus". Antes de la bendición final, en un gesto absolutamente inesperado, el Santo Padre donó a Nuestra Señora aquello que por ventura era su objeto de mayor estima: el anillo que el Cardenal Stefan Wysinski, Arzobispo de Varsovia, le había ofrecido en el inicio del Pontificado.

Rito de Beatificación

Fue extremadamente sencillo el rito de la beatificación.

El Obispo de Leiria-Fátima, Don Serafim de Sousa Ferreira e Silva, acompañado del Postulador General y del Postulador Extra Urbem, se aproximó a la cátedra del Santo Padre, para pedir que se procediese a la Beatificación de los Siervos de Dios Francisco Marto y Jacinta Marto:

Santo Padre, en calidad de Obispo de Leiria-Fátima, pido humildemente a Vuestra Santidad que se digne inscribir los Venerables Siervos de Dios Francisco Marto y Jacinta Marto en el número de los Beatos.

Francisco Marto (11.6.1908 - 4.4.1919) y Jacinta Marto (11.3.1910 - 20.2.1920) nacieron en Aljustrel, aldea de Fátima, parroquia de esta Diócesis Leiria-Fátima. En su humilde familia aprendieron a conocer y a alabar a Dios y a la Virgen María.

En 1916 vieron tres veces un ángel y en 1917 seis veces a la Santísima Virgen que los exhortaban a rezar y a hacer penitencia por la remisión de los pecados, para obtener la conversión de los pecadores y la paz para el mundo.

Ambos quisieron inmediatamente responder con todas sus fuerzas a estas exhortaciones. Inflamados cada vez más en el amor a Dios y a las almas, tenían una sola aspiración: rezar y sufrir de acuerdo con las peticiones del Ángel y de la Virgen María.

Fueron las palabras del Ángel "Consolad a vuestro Dios" las que impresionaron vivamente a Francisco y orientaron toda su vida. Jacinta, a su vez, hizo todos los sacrifi-

cios posibles para convertir los pecadores y desagraviar el Inmaculado Corazón de María. Dedicaba un amor especial también al Santo Padre.

Todos se levantaron; quedó sentado sólo el Santo Padre, que pronunció solemnemente:

Acogiendo el deseo expresado por nuestro hermano Serafim, Obispo de Leiria-Fátima, por muchos otros hermanos en el episcopado y por tantos fieles cristianos, después de haber oído el parecer de la Congregación de las Causas de los Santos, con Nuestra Autoridad Apostólica concedemos que, de hoy en adelante, los Venerables Siervos de Dios Francisco Marto y Jacinta Marto sean llamados Beatos y pueda celebrarse anualmente su fiesta, en los lugares y según las normas del derecho, en el día 20 de febrero.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La asamblea cantó tres veces el Amen.

El Obispo de Leiria-Fátima, agradeció al Santo Padre:

Santo Padre, de lo íntimo del corazón agradezco a Vuestra Santidad el haber proclamado hoy Beatos los Venerables Siervos de Dios Francisco y Jacinta Marto.

Dos lámparas que Dios encendió para iluminar la humanidad.

La homilía del Santo Padre en la solemne concelebración en la que participaron cerca de 100 obispos y casi 1000 sacerdotes estuvo toda basada sobre el

texto de San Mateo 11,25:

“Yo te bendigo, oh Padre (...) porque escondiste estas verdades a los sabios e inteligentes y las revelaste a los pequeños” (Mt. 11,25).

Con estas palabras, amados hermanos y hermanas, Jesús alaba los designios del Padre celestial, sabe que nadie puede vivir sin contar con Él, si no fuera atraído por el Padre (Cf. Jn. 6,44), por eso alaba este designio y lo abraza filialmente: “sí, Padre, Yo te bendigo porque así fue de Tú agrado (Mt. 11,26). Quisiste abrir el Reino a los pequeños. Por designio divino, vino del Cielo a esta tierra, en busca de los pequeños privilegiados del Padre, “Una mujer vestida de Sol” (Ap. 12,1). Les habla con voz y corazón de Madre: les invita a ofrecerse como víctimas de reparación, ofreciéndose Ella para conducirlos, seguros, hasta Dios. Fue entonces cuando de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, sintiéndose inmersos en Dios como cuando una persona - explican ellos - se contempla en un espejo. Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, exclamaba: “nosotros estábamos ardiendo en aquella luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no lo puede decir”. Dios: una luz que arde pero no quema. La misma sensación tuvo Moisés cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su Pueblo y decidido a liberarlo por medio de él. “Yo estaré contigo” (Cf. Ex 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se vuelven morada y, consecuentemente “zarza ardiente” del Altísimo.

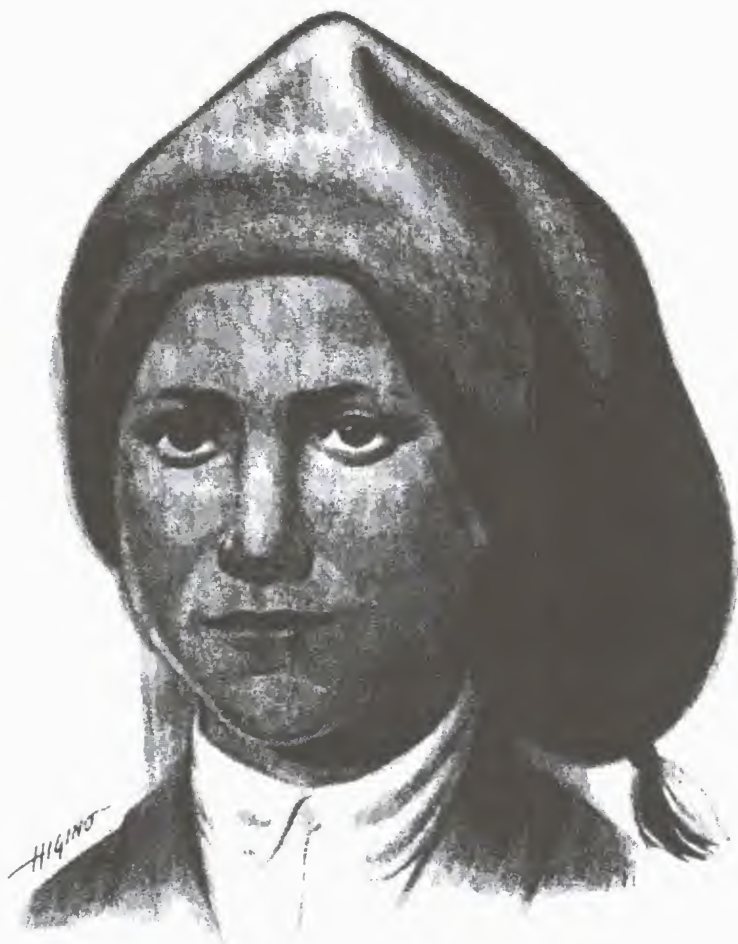
Francisco el consolador de Jesús

Al Beato Francisco, lo que más le impresionaba y absorbía era Dios en aquella luz inmensa que penetraba en lo íntimo de los tres. Sólo a él, sin embargo, Dios se dio a conocer “tan triste” como él decía. Cierta noche, su padre le oyó sollozar y le preguntó porque lloraba; el hijo respondió: “pensaba en Jesús que está tan triste por causa de los pecados que se comenten contra Él”. Vive movido por el único deseo - tan expresivo del modo de pensar de los niños - de “consolar y dar alegría a Jesús”. En su vida, se da una transformación que podríamos llamar radical; una transformación ciertamente no común en niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa que se traduce en oración asidua y fervorosa, llegando a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Esto mismo le lleva a una progresiva purificación del espíritu a través de una renuncia a sus gustos y hasta a los juegos inocentes de niño. Soporta los grandes sufrimientos de la enfermedad que lo llevó a la muerte, sin lamentarse nunca. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una sonrisa en los labios. Grande era, en el pequeño Francisco el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oración. Y Jacinta, su hermana, casi dos años más joven que él, vivía animada por los mismos sentimientos.

El mensaje de Fátima alerta a la humanidad para no hacer el juego al “dragón”.

“Y apareció en el cielo otra señal: un enorme Dragón “. (Ap. 21,3). Estas palabras de la primera lectura de la misa nos hacen pensar en la gran lucha que se traba entre el bien y el mal, pudiéndose constatar como el hombre, dejando a Dios de lado, no consigue llegar a la felicidad, antes acaba por destruirse así mismo. ¡Cuántas víctimas a lo largo del último siglo del segundo milenio! Viene a la memoria los horrores de la primera y segunda Gran Guerra y de otras más en tantas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los gulags, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terrorismo, los secuestros de personas, la droga, los atentados contra los nascituros y la familia. El mensaje de Fátima es un llamamiento a la conversión, alertando a la humanidad para no hacer el juego al “dragón” que, con la “cola, arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las lanzó sobre la tierra” (Ap. 12,4). La meta última del hombre es el Cielo, su verdadera casa donde el Padre celestial en su amor misericordioso, espera a todos. Dios no quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, mandó a la tierra a su Hijo “a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc. 19,10). Y Él nos salvó con su muerte en la cruz; ¡qué nadie vuelva vana aquella Cruz! Jesús murió y resucitó para ser el primogénito de muchos hermanos (Rom. 8,29).

En su solicitud materna, la Santísima Virgen vino, aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios Nuestro Señor que ya está muy ofendido”. Es el dolor de la madre que le hace pedir, está en juego la suerte



*Beato Francisco Marto
el consolador de Jesús.*

de sus hijos. Por eso, decía a los pastorcitos: Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, que van muchas almas para el Infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellas.

En Fátima fueron vaticinados tiempos de tribulación.

La pequeña Jacinta sintió y vivió como propia esta aflicción de Nuestra Señora, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día - ya ella y Francisco habían contraído la enfermedad que les obliga a estar en cama - la Virgen María vino a visitarlos a casa, como cuenta la pequeñita: "Nuestra Señora vino a vernos y ha dicho que viene a buscar a Francisco muy pronto para el Cielo. Y a mí me preguntó si quería todavía convertir más pecadores. Le dije que sí". Y, al aproximarse el momento de la partida de Francisco, Jacinta le recomienda: "Da muchos recuerdos míos a Nuestro Señor y a Nuestra Señora y diles que sufro todo cuanto ellos quisieran para convertir pecadores. Jacinta quedará tan impresionada con la visión del Infierno durante la aparición del 13 de julio, que ninguna mortificación y penitencia era demasiado para salvar pecadores". Bien podía ella exclamar con San Pablo: "Me alegro de sufrir por vosotros y completo en mí mismo lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en beneficio de su Cuerpo, que es la Iglesia". (Col. 1,24). El domingo pasado, junto al Coliseo de Roma, hicimos la conmemoración de tantos testigos de fe del siglo XX, recordando las tribulaciones por ellos

sufridas, a través de significativos testimonios que nos dejaron. Una nube incalculable de testigos valerosos de la fe nos legó una herencia preciosa, que debe permanecer viva en el tercer milenio. Aquí en Fátima, donde fueron vaticinados estos tiempos de tribulación pidiendo Nuestra Señora oración y penitencia para abreviarlos, quiero hoy dar gracias al Cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas aquellas vidas. Y deseo una vez más celebrar la bondad del Señor para conmigo, cuando, duramente alcanzado en aquel día 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la Beata Jacinta por los sacrificios y oraciones ofrecidas por el Santo Padre, que ella había visto en gran sufrimiento.

Francisco y Jacinta dos lámparas para iluminar la humanidad.

“Yo te bendigo, oh Padre, porque revelaste estas verdades a los pequeños”. La alabanza de Jesús toma hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta. La Iglesia quiere, con este rito, colocar sobre el candelabro estas dos lámparas que Dios encendió para iluminar la humanidad en sus etapas sombrías e inquietas. Brillen ellas sobre el camino de esta multitud inmensa de peregrinos y a cuantos también nos acompañan por la radio y televisión. Sean una luz amiga a iluminar Portugal entero, de modo especial, esta diócesis de Leiria-Fátima. Agradezco al señor Don Serafim, Obispo ilustre de esta Iglesia particular, sus palabras de bienvenida, y con



Beata Jacinta Marto
que sufrió mucho por los pecadores y rezó por el Papa

alegría saludo a todo el episcopado portugués y sus diócesis que mucho amo y exhorto a imitar a sus Santos. Un saludo fraterno a los Cardenales y Obispos presentes, con mención particular para los Pastores de la comunidad de países de lengua portuguesa: la Virgen María alcance la reconciliación del pueblo angoleño; conforte a los siniestrados de Mozambique; vele por los pasos de Timor Oriental, Guinea-Bissau, Cabo Verde, Santo Tomás y Príncipe; preserve la unidad de la fe a sus hijos e hijas del Brasil. Saludo con deferencia al presidente de la República y demás autoridades que quisieron participar en esta celebración, aprovechando este momento para, en su persona, expresar mi reconocimiento a todos por su colaboración que hizo posible mi peregrinación. Un abrazo cordial y una bendición particular a la parroquia y ciudad de Fátima que hoy se alegra por sus hijos elevados a las honras de los altares.

Pedid a vuestros padres y educadores que os metan en la “escuela” de Nuestra Señora

Mi última palabra es para los niños: Queridos niños y niñas, veo a muchos de vosotros vestidos como Francisco y Jacinta. ¡Os queda muy bien! Pero, luego o mañana, ya dejáis esa ropa y se acaban los pastorcitos. No habían de acabar, ¿pues no?! Es porque Nuestra Señora precisa mucho de todos vosotros, para consolar a Jesús, triste con las locuras que se hacen; precisa de vuestras oraciones y sacrificios por los pecadores. Pedid a vuestros padres y

educadores que os metan en la “escuela” de Nuestra Señora, para que Ella os enseñe a ser como los pastorcitos, que procuraban hacer todo lo que les pedía. Os digo que “se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que durante años enteros de iniciativas personales, apoyados sólo en sí mismos” (San Luis de Monfort, Tratado de Verdadera Devoción a la Santísima Virgen, nº 155). Así fue como los pastorcitos se volvieron santos deprisa. Una mujer que acogió a Jacinta en Lisboa, al oír consejos tan acértados que la pequeña daba, le preguntó quien los enseñaba. “Fue Nuestra Señora” - Respondió. Entregándose con total generosidad a la dirección de tan buena Maestra, Jacinta y Francisco subieron en poco tiempo a las cumbres de la perfección.

Conclusión

“Yo te bendigo, oh Padre, porque escondiste estas verdades a los sabios e inteligentes, y las revelaste a los pequeños”. Yo te bendigo oh Padre por todos tus pequeños, comenzando por la Virgen María, tu humilde Sierva. Hasta los pastorcitos Francisco y Jacinta. ¡Qué el mensaje de sus vidas permanezca siempre vivo para iluminar el camino de la humanidad! Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo.

EL INVIERNO NO ES LA ÚLTIMA ESTACIÓN DE LA VIDA: HAY LA PRIMAVERA DE LA RESURRECCIÓN.

Reflejamos aquí el saludo del Santo Padre a todas las personas que sufren, antes de ser dada la Bendición con el Santísimo Sacramento, que sería llevado en procesión hasta un grupo de enfermos por Don José Saraiva Martins:

Amados peregrinos de Fátima.

Quiero ahora dirigir un saludo particular a los enfermos aquí presentes en gran número, extensivo a cuantos en sus casas o en los hospitales, están unidos espiritualmente con nosotros.

El Papa os saluda con gran afecto, queridos enfermos, asegurando un recuerdo especial en la oración por vosotros y por las personas que cuidan de vosotros; coloco los anhelos de cada uno en el Altar donde Jesús continuamente intercede y se sacrifica por la humanidad.

He venido aquí hoy como testigo de Jesús resucitado. Él sabe lo que es sufrir, y vivió las angustias de la muerte; pero, con su muerte mató a la muerte, siendo el primer hombre, que absolutamente, se liberó definitivamente de las cadenas de ella. Él recorrió todo el itinerario del hombre hasta la patria del Cielo, donde preparó un trono de gloria para

cada uno de nosotros.

¡Querido hermano enfermo!

Si alguien o alguna cosa te hace pensar que llegaste al fin del camino, ¡no lo creas! Si tienes conocimiento del Amor eterno que te creó, sabes también que dentro de ti, hay un alma inmortal. Existen varias estaciones en la vida; si por ventura sientes llegar el invierno, quiero que sepas que no puede ser la última estación, porque la última será la primavera: la primavera de la Resurrección. La totalidad de tu vida se extiende infinitamente pues además de sus fronteras terrenas: prevé el Cielo.

¡Queridos hermanos y hermanas enfermas!

Sé que “los sufrimientos del tiempo presente nada son en comparación con la gloria que se ha de revelar en vosotros” (Rom. 8,18). ¡Fortaleza! En este Año Santo, la gracia del Padre se derrama con mayor abundancia sobre quien la acoge con el alma sencilla y confiada de los niños, esto mismo nos lo recordó Jesús, en el texto evangélico ahora proclamado. Siendo así, procurad ser contados también vosotros, queridos enfermos, en el número de estos “pequeños”, para que Jesús pueda complacerse con vosotros. En breve, Él va a aproximarse a vosotros para bendeciros personalmente, en el Santísimo Sacramento; va a vuestro encuentro con la promesa: “¡Yo renuevo todas las cosas!” (Ap. 21,5). ¡Tened confianza! Abandonaros en sus manos providentes, como hicieron los pastorcitos Francisco y Jacinta. Éstos os dicen que no estáis solos. El Padre celestial os ama.

LA LUCHA DE LOS SISTEMAS ATEOS CONTRA LA IGLESIA

Al término de la celebración del 13 de mayo, el Cardenal Ângelo Sodano desveló las líneas esenciales del llamado "Tercer Secreto de Fátima". He aquí los términos en que lo hizo:

¡Hermanos y hermanas en el Señor!

Al término de esta solemne celebración, siento el deber de presentar a nuestro amado Santo Padre Juan Pablo II los votos más cordiales de todos los presentes por su próximo octogésimo aniversario de su nacimiento, agradecidos por su precioso ministerio pastoral en beneficio de toda la Santa Iglesia de Dios.

En la circunstancia solemne de su venida a Fátima, el Sumo Pontífice encargó el comunicar una noticia. Como es sabido, la finalidad de la venida del Santo Padre a Fátima es la beatificación de los dos pastorcitos. Con todo él quiere dar a esta peregrinación también el valor de un renovado homenaje de gratitud a Nuestra Señora por la protección que Ella le ha concedido durante estos años de Pontificado. Es una protección que parece tiene que ver con la llamada "tercera parte" del Secreto de Fátima.

Tal texto constituye una visión profética comparable

a las de la Sagrada Escritura, que no describen de forma fotográfica los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetizan y condensan sobre la misma línea de fondo hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y duración no especificados. En consecuencia, la llave de la lectura del texto sólo puede ser de carácter simbólico. La visión de Fátima se refiere sobre todo a la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos y describe el sufrimiento heroico de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Es un Vía Crucis sin fin, guiado por los Papas del siglo XX.

Según la interpretación de los pastorcitos, interpretación confirmada todavía recientemente por la Hermana Lucia, él “Obispo vestido de blanco” que reza por todos los fieles es el Papa. También él caminando, penosamente hacia la cruz por entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y varias personas seglares), cae a tierra como muerto bajo los tiros de un arma de fuego.

Después del atentado del 13 de mayo de 1981, pareció claramente a su Santidad que ha sido “una mano materna la que guió la trayectoria de la bala” permitiendo que el “Papa agonizante” estuviese en el “límite de la muerte” (Juan Pablo II, Meditación con los Obispos italianos en la Policlínica Gemilli, in *Insegnamenti*, vol. XVII/1, 1994, p. 1061). En cierta ocasión en que el Obispo de Leiria-Fátima de entonces, pasó por Roma, el Papa decidió entregarle la bala que había quedado en el automóvil después del atentado, para ser guardada en el Santuario. Por iniciativa del Obispo, esa bala fue después incrustada en la corona de la imagen de Nues-

tra Señora de Fátima. Después los acontecimientos de 1989 llevaron, en la Unión Soviética, en numerosos Países del Este, a la caída del régimen comunista que propugnaba el ateísmo.

También por eso, el Sumo Pontífice lo agradece desde fondo de su corazón a la Santísima Virgen. Pero, en otras partes del mundo, los ataques contra la Iglesia y los cristianos con la carga de sufrimiento que ellos provocan, desgraciadamente no han cesado. Sin embargo, los acontecimientos a que hace referencia la tercera parte del Secreto de Fátima aunque parezcan pertenecer ya al pasado, el llamamiento a la conversión y a la penitencia manifestada por Nuestra Señora en el inicio del siglo XX conserva todavía hoy una estimulante actualidad. “La Señora del mensaje parece leer con perspicacia las señales de los tiempos, las señales de nuestro tiempo (...) La invitación insistente de María Santísima a la penitencia no es sino una manifestación de su solicitud materna por los destinos de la familia humana, necesitada de conversión y de perdón” (Juan Pablo II, *Mensaje para el Día Mundial del Enfermo*, 1997, nº 1, in *Insegnamenti*, vo. XIX/2, 1996, p. 561).

Para conseguir que los fieles reciban mejor el mensaje de la Virgen de Fátima, el Papa confió a la Congregación de la Doctrina de la Fe, el encargo de hacer pública la tercera parte del Secreto, después de haber preparado un adecuado comentario. Damos gracias a Nuestra Señora de Fátima por su protección. Confiamos a su materna intercesión la Iglesia del Tercer Milenio. *Sub tuum praesidium confugimus, Sancta Dei Genitrix!*

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	5
<i>¡Ay qué Señora tan bonita!</i>	7
<i>Soy el Ángel de la Paz</i>	13
<i>Tendréis mucho que sufrir</i>	21
<i>Así era Jacinta</i>	27
<i>¿Y si fuese el demonio?</i>	35
<i>Sacrificaros por los pecadores</i>	47
<i>Prisión de los pastorcitos</i>	57
<i>Los sacerdotes... el Santo Padre</i>	67
<i>Penitencia y oración</i>	77
<i>Soy la Señora del Rosario</i>	89
<i>Así era Francisco</i>	99
<i>Enfermedad de Jacinta</i>	111
<i>Tú quedas aquí</i>	129
<i>Dos banderas hermosas</i>	139
<i>Beatificación de los pastorcitos de Fátima</i>	143